

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

FRANCISCO JORDA CERDA



PREHISTORIA,
INVESTIGACION
Y UNIVERSIDAD

Discurso pronunciado en la solemne apertura
del Curso Académico 1976-1977



SALAMANCA

1976

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

FRANCISCO JORDA GONZALEZ



Y UNIVERSIDAD
INVESTIGACION
PREHISTORIA

Discurso pronunciado en la solemnidad
del Curso Académico 1975-1976



Depósito legal: S. 406-1976

Gráficas EUROPA. Sánchez Llevot, 1. Teléfono *22 22 50. Salamanca, 1976

MAGFCO. Y EXCMO. SR. RECTOR,

DIGNÍSIMAS AUTORIDADES,

CLAUSTRALES Y ESTUDIANTES,

SEÑORAS Y SEÑORES:

No sería hombre agradecido, si al comienzo de esta lección mis primeras palabras no fueran para rendir el póstumo tributo de homenaje y amistad a la memoria del que fue Catedrático de esta Universidad, me refiero al Prof. Dr. D. Rafael Bartolozzi Sánchez, a quien siempre recordaré con los ojos del alma, amén de los del cuerpo. Descanse en paz este amigo y maestro ejemplar y que a sus familiares sirvan en lo posible de consuelo estas palabras emocionadas, dichas en su honor desde el corazón de la Universidad de Salamanca.

Mi lección va a versar sobre «Prehistoria, Investigación y Universidad», tres temas que, aunque en principio puedan parecer algo dispares, se encuentran sin embargo íntimamente unidos en mis preocupaciones profesionales. Se trata, como veréis, de una especie de soliloquio, en el que junto a mis afanes como profesor se une mi profundo amor a la Universidad. De ahí, que aproveche esta ocasión protocolaria para exponeros una serie de puntos de vista personales acerca de algunos de los muchos problemas que nos tiene planteados la actual situación de la Universidad. Que nadie vea en mis palabras intenciones críticas acerca de personas o entidades de todo tipo, ya que se trata de una serie de reflexiones expuestas con el mismo tono y altura que acostumbro a dar a mis clases diarias.

No es posible hablar de Prehistoria, ni siquiera comprender el significado de la primera gran etapa de la vida del hombre,

sin sentirnos ligados a nuestro más inmediato y transicional presente. La Prehistoria que hasta hace unos pocos años era una simple y aleatoria especulación sobre el remoto pasado del ser humano, se ha convertido en nuestros días en verdadera ciencia histórica y es curioso señalar, por paradójico, que los esfuerzos de la investigación prehistórica en torno a los orígenes del hombre y de las más viejas culturas humanas han coincidido con los ingentes esfuerzos técnico-científicos que nos han permitido plantear una nueva imagen de nuestro universo. Al mismo tiempo que se ha conseguido traspasar la barrera del entorno terráqueo y ha comenzado la conquista del hasta hace poco espacio físico-matemático, la investigación prehistórica ha hecho retroceder en algunos millones de años la aparición de los primeros hombres sobre la tierra. En consecuencia, los campos de investigación se han visto ampliados en una profundidad, temporal y espacial, y en unos contenidos insospechados, lo que ha conducido a un cierto desequilibrio vital y cultural, que ha producido la quiebra de los principios, postulados y sistemas de valores que durante siglos han servido de norma y base a nuestra vida.

Los hombres de mi generación comenzamos a vivir en los comienzos de esa quiebra y hemos asistido a esa incesante ampliación de los límites temporales y espaciales de nuestro mundo y con el lastre de un pasado relativamente cercano y tormentoso y de un futuro incierto y tecnocrático nos encontramos buscando la respuesta a las más viejas e inquietantes de las preguntas: «¿de dónde venimos?, ¿a dónde vamos?», ya que no en vano, con la ampliación de nuestras perspectivas extraterrestres y del largo camino recorrido por el hombre, los problemas de nuestros orígenes y de nuestro fin nos preocupan y nos agobian de tal modo que en algún momento parece como si se paralizaran nuestros esfuerzos ante el temor de lo desconocido, aunque las más de las veces impelidos por el viento de la audacia continuamos en nuestros esfuerzos por descorrer el velo de lo ignoto. Es el mismo temor y la misma audacia que encontramos en las distintas manifestaciones que de su vida nos ha dejado el hombre prehistórico, lo que nos revela que el ser humano es el mismo a través de los tiempos.

Acabamos de señalar que el actual avance de la investigación prehistórica coincide con el llevado a cabo en la espacial. La razón fundamental de esta coincidencia estriba en que muchas de las grandes innovaciones técnicas, especialmente las relacionadas con los fenómenos fisiconaturales, se han aplicado con éxito a la investigación prehistórica, con objeto de solucionar alguno de los muchos problemas que los prehistoriadores tenemos planteados; baste recordar, por ejemplo, la aplicación de la técnica del C-14 al estudio de las cronologías prehistóricas. Esta aplicación de métodos y técnicas propios de las ciencias fisiconaturales ha sido también posible gracias al profundo cambio conceptual que la Prehistoria ha experimentado en estos últimos años. De una ciencia puramente descriptiva, parte de cuyas conclusiones se basaban en planteamientos propios de las ciencias geológicas, como el «fósil director» de un «estrato cultural», o en un comparatismo etnográfico, buscando semejanzas a los artefactos prehistóricos entre los propios de los primitivos actuales, se ha pasado a una concepción plenamente histórica, basada en el continuo espacio-tiempo, en la que los distintos elementos y objetos prehistóricos se estudian en razón de su relación con el medio ambiente en que se encontraron, con la técnica con que fueron contruidos o creados y con la posible función (económica, social, religiosa, etc.) a que fueron destinados por el grupo humano que les dio forma y los utilizó. Medio ambiente, técnica y cultura, dentro de espacios y tiempos determinados, son los objetivos fundamentales de la actual Prehistoria y a ella dedicamos todos nuestros esfuerzos. Esta nueva concepción tiende a correlacionar los distintos elementos culturales, integrados dentro de los espacios y tiempos correspondientes, con los factores geomorfológicos, climáticos, faunísticos y palinológicos, todos los cuales forman parte de lo que llamamos un «suelo de ocupación», elemento básico dentro del área territorial habitada por un grupo humano.

Fácilmente se colige, por lo que acabamos de decir, que el prehistoriador ha de enfrentarse con problemas que afectan no sólo a los distintos elementos culturales, sino también con otros de tipo fisiconatural, que se nos revelan como de gran importancia a la hora de interpretar los distintos hechos prehis-

tóricos. Resulta, pues, que sin un propósito deliberado y acuciados por las necesidades de la investigación, los prehistoriadores tienden a realizar un trabajo de síntesis histórico-científica, inspirado en la necesidad de llegar a una mejor y más amplia comprensión del ser humano, del sujeto histórico por excelencia, pues ya es hora de proclamar que lo que llamamos Prehistoria, con un término inadecuado, equívoco y falso, no es ni más ni menos que el primer capítulo de la historia humana y, por el momento, el último de la historia natural. Esta doble vertiente —naturaleza y cultura— en la que se halla inmersa la Prehistoria y que exige esa gran capacidad de síntesis, de que hablamos, está influyendo poderosamente en la nueva orientación de nuestros estudios y conducirá, a nuestro entender, a obtener una visión más real del fenómeno humano. Nos encontramos, sin duda, ante la aparición de un nuevo humanismo, en el que van a dominar las interrelaciones entre los saberes científicos y literarios, cuyas consecuencias serán una nueva ordenación de los valores humanos y culturales y el rechazo de los procesos tecnificadores, que exaltados y puestos en primer lugar por la llamada «revolución industrial», volverán a su condición de servidores del hombre.

Este nuevo humanismo, iniciado desde el campo de la investigación prehistórica, está influyendo ya en el modo de comprender la misma historia, que comienza a ser considerada como el resultado de sucesivos procesos de interrelación entre el hombre y el mundo que le rodea, con lo que la aserción orteguiana acerca del hombre y sus circunstancias adquiere un valor insospechado, desde el punto de vista del prehistoriador.

Esta nueva perspectiva de los estudios históricos tropieza, todavía, con algunos inconvenientes, entre los que hemos de destacar una cierta incomprensión entre historiadores y prehistoriadores, ya que los primeros miran con cierta desconfianza los resultados obtenidos por los segundos, hecho que hay que relacionar con los orígenes mismos de la Prehistoria, que en sus comienzos fue impulsada, principalmente, por especialistas en ciencias naturales.

Paleontólogos y antropólogos fueron los primeros que estudiaron los restos materiales dejados por el hombre primitivo, y

el mismo nombre de «Prehistoria» se debió al supuesto erróneo de que los restos encontrados eran anteriores a la historia humana, supuesto que compartieron y todavía comparten algunos historiadores. La frase acerca de que la «Prehistoria es poner historia donde no la hay», acuñada por Menéndez Pelayo —quien posteriormente la rectificó— tuvo y ha tenido muchos adeptos. Si a esto unimos fundamentales diferencias metodológicas, como veremos enseguida, entre Prehistoria e historia, no es raro que se estableciese una aparente separación entre prehistoriadores e historiadores. También ha influido en esta separación lo hipotético de las conclusiones a que llegan los prehistoriadores en su investigación frente a la solidez —o pretendida solidez— de los hechos históricos, apoyados en los testimonios documentales. Pero en estos últimos años, el aumento incesante de la investigación prehistórica y la utilización de nuevas técnicas de trabajo han venido a cambiar el panorama y hoy la Prehistoria es considerada como parte inicial y fundamental de la historia y base sobre la que se asienta todo el saber humanístico. Durante los dos millones de años que se atribuyen a los tiempos prehistóricos, pudo el hombre edificar todo un sistema de estructuras sobre los que se asentaron los cinco mil y pico de años de lo que hasta hace poco era considerado como historia.

La gran separación existente entre lo que hace años se consideraba como propiamente historia y lo que indebidamente se denomina Prehistoria reside precisamente en el tipo de investigación metodológica, ya que entre los problemas que suscita el estudio de la Edad de la Piedra o la de los Metales y el resto de las edades históricas existe una señalada diferencia en la recuperación de los distintos aspectos y elementos que son la base del hecho histórico.

Otro aspecto que diferencia radicalmente la investigación de lo que llamamos Prehistoria del resto de las edades históricas es el hecho de que los hombres prehistóricos se nos aparezcan como gentes anónimas y desconocidas. Podemos recuperar sus obras y el resultado de sus trabajos, hemos llegado a conocer algunas de sus ideas e inquietudes, su técnica de trabajo y sus formas económicas de vida, etc., pero se nos escapan sus nombres y los de sus jefes y sacerdotes, desconocemos sus luchas,

si es que las tuvieron, sus tratados y sus paces. Únicamente tenemos noticia de su lento y anónimo, pero constante, esfuerzo cultural, del desarrollo de sus técnicas, de la sucesiva transformación de los «suelos de ocupación» y, sobre todo, de sus manifestaciones y sentimientos artísticos. Para referirnos a estos pueblos prehistóricos hemos de recurrir a los nombres de determinados yacimientos arqueológicos o a determinadas particularidades técnicas o culturales y, de este modo, utilizamos expresiones, como «solutrense» o «vaso campaniforme», que sirven para identificar a aquellas gentes con el mismo criterio que ahora utilizamos palabras como «francés», «socialdemócrata» o «apátrida».

Este modo de producirse los hechos históricos durante las Edades de la Piedra y de los Metales nos demuestra que la historia no está hecha de anécdotas, ni de cotilleos más o menos periodísticos relativos a personajes o personajillos, cosa tan del gusto de la actual mentalidad tecnocrática, que ha propiciado el culto de la personalidad, el cual se nos manifiesta en un desmedido afán de protagonismo, que ha conducido no sólo a un desbordado cesarismo necesariamente dictatorial, sino a lo que con un cierto sentido triunfalista se denomina el «ejecutivo». La historia es la obra de la colectividad y ha sido y continúa siendo un grave error el creer y pensar que solamente determinadas castas, partidos o personas son los elegidos para dirigir y protagonizar los acontecimientos históricos.

Toda investigación histórica, bien se refiera a tiempos pretéritos o a los más recientes, ha de llevarse a cabo tomando como punto de partida los restos o huellas que el hombre ha ido dejando como testimonio de su paso por la tierra. Estos restos se nos presentan bajo dos aspectos: bien como monumentos, bien como documentos. Por monumento entendemos todo resto material, ya aislado o en relación con otros, que tiene significado propio y exclusivo, lo que lo distingue y separa de los demás monumentos. Por su parte el documento no tiene significación propia y aunque realizado sobre un soporte material, sirve como vehículo para la expresión de las ideas, pensamientos y proposiciones del hombre, quien mediante un sistema convencional de signos, que denominamos escritura, ha conseguido la transmi-

sión, perpetuación y ampliación de sus conocimientos. Las sociedades literarias, es decir, las poseedoras de sistemas de escritura, son relativamente recientes, ya que su conocimiento se remonta, aproximadamente, a unos 3.300 años a J. C. La duración de las sociedades iletradas es mucho mayor y en la actualidad se cifra en unos dos millones de años. De ahí, la importancia de los monumentos (utensilios, casas, templos, joyas, armas, etc.) para el estudio de los tiempos prehistóricos, ya que son los únicos elementos con que cuenta el prehistoriador.

Esta gran división de los restos históricos ha producido necesariamente dos métodos de investigación, el filológico y el arqueológico. El primero atiende al aspecto documental y se basa en la interpretación de los signos gráficos o escritura y de los contenidos mentales expuestos por la misma, es decir, en la correcta valoración del pensamiento escrito. No vamos a entrar en la problemática analítica y crítica de este método, cosa que compete a mis compañeros que se dedican a las sociedades letradas o literarias.

Sí voy a exponer brevemente los aspectos fundamentales del método arqueológico, esencial para mis trabajos. Este método ha pasado por varias etapas en su formación y hoy podemos decir que se ha llegado si no a su perfección, sí a un determinado nivel de precisión que nos permite obtener de los distintos tipos monumentales con que nos encontramos una información lo suficientemente amplia que nos da pie para plantear hipótesis e interpretaciones, que cada vez se asientan sobre bases más seguras. Tres son los distintos tipos de trabajo que nos plantea la investigación de un yacimiento prehistórico. En primer lugar, después de identificar uno de los lugares habitados por el hombre, se ha de proceder a la recuperación de todos los restos materiales que forman los distintos «suelos de ocupación» que integren el yacimiento, lo cual se hace mediante un adecuado trabajo de excavación. Un suelo de ocupación es una especie de archivo, en el que se han depositado los distintos elementos producidos por la actividad humana. Todos estos elementos se han de recuperar con unas normas, entre las que hay que destacar la minuciosidad y el orden. Mediante un sistema tridimensional



de coordenadas, cada objeto será situado de acuerdo con su posición espacial y su orientación, al tiempo que se ha de fijar su posición temporal relativa. Si tenemos en cuenta que un suelo de ocupación desaparece después de su excavación, cuantos más datos se recojan y figuren en el diario de la excavación mejor podremos reconstruir y estudiar los distintos restos en los trabajos posteriores. Han de recogerse, además, muestras de tierras para llevar a cabo los análisis sedimentológicos, polínicos, etc., así como muestras carbonosas o de otro tipo que nos permitan efectuar mediciones cronológicas, como las basadas en el C-14. Si aparecen estructuras arquitectónicas se levantarán los correspondientes planos y alzados y los distintos objetos encontrados se situarán en relación a como aparecieron respecto de la estructura. Todos los objetos serán siglados e inventariados, con objeto de comprobar su procedencia y poder realizar su estudio material y formal, estudio que pertenece a una segunda etapa, la llamada de trabajos de laboratorio. Todos los objetos encontrados han de ser preparados convenientemente para obtener su ficha descriptiva e integrarlos dentro de sus respectivas categorías culturales (instrumentos, armas, adornos, cerámica, etc.), ficha que se completará con los necesarios dibujos y fotografías. Los restos puramente naturales (muestras de tierra, restos de fauna, etc.) han de ser sometidos al estudio de los especialistas en las respectivas materias.

Después comienza la tercera fase, o trabajo de síntesis, durante el cual se elabora la memoria de la excavación, exposición de los resultados obtenidos en la misma, en donde incluso se apuntan hipótesis de trabajo con objeto de intentar una primera interpretación de los datos obtenidos, y se propone el marco cronológico en que ha de encuadrarse el yacimiento excavado y la cultura o etapas culturales a las que puedan pertenecer sus distintos suelos de ocupación.

He de pedir perdón a los presentes por haberme extendido excesivamente en unos aspectos que quizás son más propios de una memoria de oposiciones que de un discurso académico. Pero como a través de largos años de trabajos he podido comprobar que la mayoría de la gente, universitaria en gran parte, sigue creyendo que el prehistoriador va al campo con un pico y una

pala a encontrar una serie de objetos más o menos raros para exponerlos en un museo, he creído conveniente insistir en que nuestro trabajo no va en busca de esos objetos, cosa propia de los anticuarios decimonónicos, sino que trata de reconstruir el pasado humano a base de los restos materiales, que proporciona toda excavación. Tarea que llevamos a cabo ante la más incomprendida y desdeñosa de las sonrisas de aquellos que dicen tener a su cargo la investigación universitaria.

La Prehistoria, o por mejor decir, las Edades de la Piedra y de los Metales, tienen un método propio y característico, que constantemente busca su perfeccionamiento, con el fin de llegar a resultados más precisos y con un mayor grado de certeza. Pero todos los esfuerzos que venimos realizando no llegarán a cuajar en óptimos resultados en tanto no se reorganice, atienda y ayude debidamente a nuestra actual investigación prehistórica.

Hemos de replantear, pues, las bases en que se asienta esa investigación y para ello hemos de partir del doble aspecto —natural y cultural— que presentan los yacimientos prehistóricos. Pero antes de pasar a la exposición de lo que consideramos necesario para orientarnos dentro de las nuevas tendencias investigadoras, quiero recordar una serie de hechos que impidieron que nuestra investigación siguiese un desarrollo paralelo al europeo. A raíz de la creación —1912— de la Junta de Ampliación de Estudios, surgió como organismo de la misma la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas. Ya en aquella época, nuestros naturalistas y prehistoriadores se habían dado cuenta de la necesidad de integrar en un solo organismo todo lo referente a la investigación prehistórica. Los frutos de esta Comisión —una importante serie de memorias y trabajos— todavía nos sirven en nuestras investigaciones. Pero esta Comisión que era como el puente que unía las dos vertientes de la investigación prehistórica, desapareció sin dejar el menor rastro y ante la indiferencia de los que se consideraban como prehistoriadores, cuando comenzó a funcionar el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que no contó entre sus numerosos institutos, hasta mediados los años cincuenta, con uno destinado a la Prehistoria, el cual se concibió separado y sin relación con los estudios paleontológicos referidos al Cuaternario, como era

lógico esperar dados los antecedentes existentes y la gran obra realizada por aquella memorable Comisión, teniendo en cuenta además que en aquella época todas las instituciones extranjeras que se ocupaban de la Prehistoria comenzaron, en todo el mundo, a preocuparse por sus relaciones con los estudios de tipo físico-natural. No tiene nada de particular que nuestra investigación se resienta, salvo excepciones, de fragmentaria e incompleta, ya que a raíz de la desdichada separación a que he aludido anteriormente, nuestros estudios se han visto limitados a los aspectos puramente culturales. En algunas ocasiones hemos recurrido a la ayuda de especialistas en los problemas de tipo físico-natural, ayuda que quiero agradecer desde aquí personalmente a muchos de mis compañeros, quienes abandonando sus propios trabajos nos han dedicado generosamente su tiempo a resolver algunos de los muchos problemas que tenemos planteados. Pero esta ayuda, de tipo circunstancial, basada en la amistad y el compañerismo, con ser de gran utilidad no es la pertinente y necesaria. A nuestra investigación le urge una colaboración plena y una total entrega a los problemas prehistóricos. No basta con ser palinólogo, o conocer los problemas que afectan a la radiocronología o a los fenómenos de sedimentación. Es necesario, además, tener un amplio conocimiento de la Prehistoria. Cuando antes aludía a esa especie de nuevo humanismo que parece surgir al calor de nuestros estudios, me refería a esta amplia colaboración, que en estos momentos se hace extensiva incluso a la física matemática, pues nuestros problemas se complican cada vez más y la estadística, el cálculo de probabilidades, las interconexiones entre cultura y biosfera están necesitando ser contemplados desde puntos de vista más amplios, que desbordan los contenidos de una Prehistoria puramente descriptiva. Este viejo concepto de nuestra ciencia, basado casi exclusivamente en los aspectos estratigráficos, tipológicos o comparatistas, está ya periclitado y en su lugar nos encontramos con una nueva ciencia, raíz y principio de la historia, que comienza a concretarse gracias a los nuevos puntos de vista introducidos por la serie de aportaciones que han llegado a nuestro campo desde otras ciencias, en cierto modo, extrahistóricas. Si queremos que la investigación prehistórica alcance en nuestro país un rango paralelo al de los demás países desarrollados debemos y tenemos que en-

rolarnos en las nuevas tendencias, pero esto no será factible en tanto no se modifiquen las bases de la ayuda a la investigación en la Universidad e incluso se modifique la Universidad misma.

En relación con los problemas de la investigación que me afecta, creo que es absolutamente necesario reanudar dentro de un mismo organismo las antiguas relaciones de prehistoriadores y naturalistas con el fin de trabajar en programas comunes, que es el único modo de obtener resultados adecuados a nivel internacional. Para ello estimo necesario que la actual Inspección General de Excavaciones Arqueológicas se transforme en un centro de investigación y de simple organismo administrativo pase a ser la cabeza de un movimiento investigador en el que se den cabida a todos aquellos estudiosos, tanto del campo de las ciencias, como de las letras, que se preocupen por los problemas en los que la excavación arqueológica es lo fundamental, ya que sin ella no podríamos llegar a conocer la serie de hechos que tenemos que estudiar. No es éste el momento para fijar la composición de este nuevo centro de investigación, aunque sin duda tendría que estar en relación estrecha con la Universidad. En este organismo, fundado en las colaboraciones más estrechas, deberían de elaborarse, por una parte, los planes de investigación arqueológica nacionales y regionales; por otra, tendría que dotarse de amplios laboratorios en los que poder realizar los análisis y estudios exigidos por los distintos tipos de excavación. Incluso sería conveniente una cierta descentralización con objeto de limitar un tanto esa voracidad sin límites que parece dominar en los medios administrativos y económicos de nuestra capital. También sería muy conveniente que las asignaciones económicas para los distintos programas se realizasen atendiendo a las necesidades más perentorias de la investigación y se tuviese en cuenta no sólo el coste de la excavación en sí, sino también los gastos que toda excavación origina «a posteriori». Sería de desear que dicho organismo dependiese, como lo fue la antigua Comisaría o la actual Inspección de Excavación, del Patrimonio cultural, artístico y arqueológico, ya que es dentro de este conjunto de actividades donde realmente encaja nuestra investigación. Con esto no quiero negar la posibilidad de que se incluya en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, sin

embargo pienso que dicho organismo ya ha dado de sí todo cuanto podía en relación con la investigación prehistórica y arqueológica. A mis anteriores comentarios me remito.

Un segundo aspecto de nuestra investigación compete a la Universidad y dentro de ésta a los correspondientes Departamentos de Prehistoria y Arqueología. Ninguno de nuestros actuales Departamentos tiene las suficientes dotaciones para hacer frente a los numerosos gastos que exigen los trabajos de campo y de laboratorio, a que antes he aludido. No disponemos de un microscopio para efectuar los necesarios análisis polínicos y cuando solicitamos un aparato, o bien pasa el tiempo sin recibir una respuesta, o bien se nos ofrece uno que no responde a las características solicitadas. Parece como si no se tomase en serio nuestra investigación, quizás por no considerarla como científica. A este respecto quiero señalar que cuando se instituyó la Ayuda a la Investigación en la Universidad las Cátedras de Arqueología, Prehistoria, Geografía y alguna más fueron consideradas como «experimentales», criterio que ha desaparecido radicalmente estos últimos años en virtud no sabemos de qué inspiración administrativa. Estimo que este desafortunado criterio podía haberse hecho extensivo también a la Geología, ya que tanto geólogos como prehistoriadores y geógrafos tenemos las mismas necesidades de trabajo de campo y de laboratorio.

En estos momentos y en vista de la escasez de recursos económicos, estamos intentando preparar a algunos de nuestros profesores ayudantes como palinólogos o sedimentólogos o simplemente con un amplio conocimiento de problemas de tipo ambiental, no con el fin de crear especialistas, sino con la misión de poder obtener unos primeros resultados de emergencia sobre nuestros trabajos con el objeto de poder continuarlos y tener una visión más clara del yacimiento que estamos investigando.

Esta idea de querer hacer a nuestro Departamento autosuficiente tiene una señalada desventaja, ya que si bien es cierto que con ello logramos ampliar el campo de conocimientos de nuestros Profesores Ayudantes, no lo es menos que con la nueva sobrecarga de trabajo retrasan la terminación de sus tesis doctorales. De todos modos, mientras no tengamos en nuestros Departamentos, considerados hace años como «experimentales»,

el personal adecuado a las necesidades de nuestra investigación, ésta no podrá alcanzar nunca los resultados apetecidos.

Otro problema gravísimo, acentuado en estos últimos años, es el estado de nuestras bibliotecas, cuya composición, a pesar de nuestros esfuerzos, siempre se resiente de la falta de gran parte de libros nuevos que por falta de medios económicos no podemos adquirir. La bibliografía de nuestros trabajos queda a veces un tanto incompleta, lo cual hace siempre desmerecer el resultado de los mismos.

Todo ello nos conduce a contemplar a un Departamento de Prehistoria y Arqueología como a un organismo deficitario que hay que completar. En este sentido sería de desear que, de crearse la Comisión de estudios prehistóricos y arqueológicos, nuestros Departamentos estuviesen en relación directa con la misma, teniendo en ella incluso sus representantes, participando en la elaboración de los Planes nacionales y regionales de investigación, y contando con la ayuda de los laboratorios que para las distintas necesidades se creasen. Esto nos aliviaría de la gran carga de gastos que actualmente nos agobia y nos permitiría ser más eficaces en otros aspectos. Uno de estos, quizás el más necesario, es el de poder disponer de personal auxiliar y laborante, aparte de disponer de un amplio laboratorio en donde poder atender los trabajos postexcavatorios, como limpieza de piezas, reconstrucción, dibujos, fotografías, etc.) que hoy sobrepasan nuestras posibilidades económicas y nuestros esfuerzos personales. Para todo ello habría que pensar en una nueva estructuración de lo que hoy consideramos como Departamento, problema que hay que resolver rápidamente si no queremos que la investigación, lo docencia y aun la misma Universidad queden desfasadas respecto del movimiento internacional en pro de una Universidad mejor.

Desde que se crearon los Departamentos hemos asistido a una política universitaria zigzagueante e indefinida respecto de los mismos, lo que hay que atribuir a que no existe un concepto perfectamente definido, claro y distinto, de lo que sea un tal organismo, que cuando más se ha considerado como una Cátedra ampliada. A mi entender, un Departamento es algo más complejo que una Cátedra. Un Departamento ha de ser la célula básica

de la actividad universitaria y como tal ha de tener una estructura orgánica, un determinado número de personal —profesores, administrativos y laborantes— y una cierta autonomía para organizar sus enseñanzas y su investigación, aparte de un presupuesto propio que le permita hacer frente a los gastos que sus distintas actividades originen. Sin llegar a pensar que las Facultades se encuentren superadas, creo que hay que ir a su reforma partiendo de la nueva estructura de los Departamentos. En estos momentos, cuando el cargo de decano ha adquirido una mayor responsabilidad, se ha coartado su capacidad de actuación restringiéndola a aspectos puramente burocráticos, ya que con las nuevas normas económicas toda la capacidad decisoria ha pasado a las altas esferas directivas de la Universidad, dejando para los decanos el enfrentamiento con las situaciones conflictivas y la firma de expedientes académicos. No es raro pues que las Facultades arrastren una vida lánguida y que sus acuerdos o decisiones apenas se respeten, buena prueba de ello es lo sucedido con los planes de estudio de segundo ciclo, que en este curso que iniciamos ahora vamos a poner a prueba. En la aprobación de estos planes se ha tenido más en cuenta la función informativa que la formativa. Esto creo que va en perjuicio de la Universidad, ya que es sostener un criterio anquilosado y decimonónico. De ahí, que propugne al Departamento como base de toda actuación universitaria, ya que ha de ser el mismo quien ha de proponer las materias o disciplinas que se han de cursar en determinado ciclo, dentro de un plan en el que se establezcan más que asignaturas de tipo tradicional un número determinado de materias o disciplinas —tanto teóricas, como prácticas— que como mínimo habrá que cursar dentro de cada Departamento para poder obtener el visado que le permita pasar de un determinado ciclo al siguiente. Hemos de ir desechando los métodos puramente informativos y memorísticos que han de ser substituidos por otros en los que los alumnos tomen parte más activa en la docencia y que se sientan responsables de su formación, pues hasta hoy, como aspirantes a un título y no a una formación científica, son unos entes pasivos, unos «toma-apuntes» frente a la lección magistral. En relación con este problema se encuentra la calidad de la formación recibida durante la segunda enseñanza. La mayor parte de los alumnos llegan a la Universi-

dad educados en la ley del menor esfuerzo, en el rutinario memorismo, que ahora vemos ensalzados hasta por los medios audiovisuales y televisivos. Pero hay que tener en cuenta que la memoria del hombre actual se encuentra en los libros y que hay que aprender a manejar éstos desde las primeras etapas de la enseñanza, desarrollando la memoria en sus aspectos de conservar los conocimientos relacionados entre sí. Pero los españoles, quizás por influencia semítica, hemos sido y somos, gentes de un solo libro, cosa demostrada hasta la saciedad por las estadísticas de lectores y de compradores de libros. Nuestros estudiantes, la mayor parte de las veces, poseen una cultura de manuales y de apuntes, lo que demuestra en general la ineficacia de nuestro sistema educativo.

Estos comentarios en torno a las deficiencias de los alumnos que acceden actualmente a la Universidad, debemos tratar de superarlas desde nuestros Departamentos, haciendo que colaboren en lo posible en trabajos con distintos profesores, con objeto de despertar, mediante las adecuadas enseñanzas teórico-prácticas, su interés por la investigación y por la adquisición de conocimientos sólidos, que superen el nivel de los manuales. En este sentido creo que hay que ir a la reforma del Departamento, de manera que, amplia y autónomamente, pueda realizar su verdadera misión social y universitaria.

Pero esta nueva concepción del Departamento universitario y el papel que ha de desempeñar rebasa con mucho las actuales estructuras de la Universidad española, encuadrada todavía en gran parte dentro de normas medievales, cosa que no tiene nada de particular si se tiene en cuenta que la Universidad fue una creación de la Edad Media y que los españoles seguimos siendo medievales en muchos aspectos.

Mas los tiempos en que vivimos son otros y los instrumentos, tanto materiales, como espirituales, creados por el hombre han de adaptarse a las nuevas necesidades y a las nuevas técnicas y así como del primitivo cuchillo de sílex o de la aguja de hueso fabricados por el hombre prehistórico, se ha pasado a los cuchillos y agujas de acero inoxidable, sin que cambien de forma ni de función, así ha de ocurrir también con la Universidad que a través de su forma constante —convivencia de alumnos y pro-

fesores— y de su invariable función —docente e investigadora—, ha de transformarse en el instrumento requerido por las nuevas necesidades creadas por la época en que vivimos y de acuerdo con las nuevas técnicas educativas. Esto implica una amplia reforma de las actuales estructuras universitarias, cuyo elemento base han de ser, como he señalado, los Departamentos, a los que hay que añadir los centros de investigación anejos a los mismos, algunos de los cuales habrán de tener carácter interdepartamental. Sin embargo, todo lo que se piense, se diga y se proponga en pro de la mejora de la Universidad y sus estructuras no tendrá validez alguna si no llega a adquirir una verdadera autonomía, la cual aunque contemplada ya en nuestra actual y ya famosa Ley General de Educación, ha quedado arrinconada en alguno de los numerosos archivos de nuestra administración. Porque todos los que vivimos de la Universidad y para la Universidad sabemos que la tal autonomía es una especie de mito, ya que desde los planes docentes hasta los aspectos económicos, pasando por el personal y la investigación, todo nos viene preparado, orientado y ordenado desde la administración central. La tal autonomía universitaria es lo que en términos diplomáticos se llama un «papel mojado», y en su lugar nos encontramos gobernados por un cierto dirigismo paternalista, cuyas raíces hay que buscar en la ideología de quienes inspiraron la actual Ley General de Educación. Pero, además, cuando la Superioridad ha tenido a bien consultar la opinión de los profesores numerarios sobre la elaboración de nuevas normas universitarias o planes de estudio, ha hecho, por lo general, caso omiso de nuestro parecer, lo que ha creado un cierto descontento en los cuerpos docentes a la par de una cierta desconfianza y escépticismo sobre las leyes, decretos, órdenes y normas que con una constancia digna de mejores resultados siguen apareciendo diariamente en los órganos oficiales de comunicación.

A todo esto hay que unir la escasez de las dotaciones universitarias que ahora se tratan de paliar con el aumento de las tasas académicas, aumentos que, según parece, serán entregados a las respectivas Universidades. Pero sea la solución que se dé al problema económico, lo significativo es que tras muchos años de pedir ayuda de todo tipo a los altos niveles administrativos, és-

tos han entendido que hay que poner remedio a la actual situación económica de la Universidad y han comenzado a aplicar lo que podríamos llamar «remedios caseros».

Tanto o más que la autonomía o que los aspectos económicos, la Universidad se enfrenta hoy con otros graves problemas, como son la masificación del alumnado y la producción en serie de licenciados, que son la consecuencia natural del tipo de sociedad —capitalista o comunista— en que vive el mundo actual. Todo ello ha provocado graves problemas en el gobierno de la misma; muchos de los cuales se previeron hace años, aunque tales previsiones fueron desbordadas, cosa que ocurrió, en primer lugar, a causa de la forma demagógica con que se comenzó a cumplir la Ley General de Educación, con la creación de nuevas Universidades que exigieron, lógicamente, la aparición de un nuevo profesorado, que necesariamente tenía que proceder en su mayor parte de los viejos centros, los cuales no tenían aún completos sus propios cuadros. En segundo lugar, la tendencia «dactilocrática», muy arraigada en nuestro país y alimentada por el nepotismo, permitió que se nombraran como nuevos profesores a alumnos que no habían terminado todavía su doctorado, sin tener en cuenta que es este grado el que otorga la facultad de enseñar en la Universidad. Considero que es éste uno de los problemas más graves que ha tenido y tendrá planteado durante mucho tiempo la Universidad española. Si, como es verdad, la administración ha autorizado a estos no doctores a impartir enseñanzas, ¿por qué razón se les ha tratado de distinto modo de los que tienen el título de doctor? La administración, que en la mayoría de los casos es tan previsora, no supo plantear a su debido tiempo el estatuto correspondiente a este nuevo tipo de profesorado y después de autorizar esta anómala situación sigue todavía creando nuevas Universidades y colegios universitarios, con lo que se ha agravado todavía más el problema de los profesores no numerarios. Se me podrá argumentar que en todo este problema ha influido mucho y como determinante el gran número de alumnos que ha ingresado en estos últimos años en nuestras Universidades, cosa que es bien cierta. Pero este hecho se encuentra en íntima relación con otro que inexplicablemente continúa en vigor. Me refiero al debilitamiento de las pruebas

de selección y de acceso a la Universidad. Defiendo el principio de que todo el mundo puede estudiar en la Universidad y que ésta no debe de ser clasista. Tampoco soy partidario del número «clausus», ni tampoco creo que con una sola prueba se pueda decidir o no el ingreso de un alumno en la Universidad. Pero esa selección, que interesa tanto a los alumnos, como a los profesores, ha de tener un cierto nivel y estimo que tendría que estar organizada mediante un sistema de pruebas, escalonado en varias etapas, que permitiera un verdadero conocimiento de la formación a todos los niveles del aspirante a ingreso. Esa tarea debería de ser encargada a los Institutos de Enseñanza Media actuales y los llamados Bachilleratos Polivalentes y Curso de Orientación Universitaria deberían de ser orientados no a que los alumnos demostrasen una erudición adquirida a marchas forzadas ni a improvisar una redacción sobre una lección recién explicada, sino a interesar a los estudiantes en el trabajo científico y humanístico y a hacerles comprender que lo que vale e interesa al futuro universitario es saber trabajar con método y con conocimiento de causa, es decir, en hacerles ver que la educación consiste en aprender una serie de técnicas de tipo práctico y teórico, que están orientadas a la obtención de nuevos resultados en el campo intelectual, los llamados conocimientos, científicos y humanísticos. Solamente con una selección escalonada, sin el trauma de una sola prueba, se podría poner remedio a este gran mal de la superabundancia de alumnos, que muchas veces llegan a nuestras Facultades más que en razón de sus saberes, en razón de su residencia en una ciudad universitaria o en las cercanías de la misma. He podido comprobar que en la mayoría de los estudiantes llegados a la Universidad en estos últimos años su interés por el estudio y la investigación es nulo, vienen a nuestras aulas por comodidad y por un cierto gregarismo. Buena prueba de ello nos la facilitan las estadísticas, en las que se observa siempre una disminución de los alumnos a medida que se avanza hacia los últimos cursos. También nos dicen éstas el escaso número de estudiantes que llega a dar fin a sus estudios que tan despreocupadamente comenzaron. Ellos mismos han ido autoseleccionándose, pero desgraciadamente esta autoselección ha costado muchos millones a nuestra hacienda pública, es decir, a todos los españoles. Ese dinero gastado inútilmente,

de existir una racional selección, hubiera podido servir para mejorar la situación angustiosa de nuestros Departamentos y de la Universidad misma, con lo que se hubieran resuelto muchos problemas de los que tenemos planteados.

Resultado de esta masificación universitaria ha sido el gran número de licenciados que han salido y saldrán de nuestras aulas en estos años, producidos podríamos decir en serie y, salvo contados casos, con una formación fragmentaria y una información deficitaria, lo que se debe en gran parte al gran número de clases perdidas por los numerosos paros académicos, tan frecuentes en estos tiempos. Los nuevos licenciados, en su gran mayoría, no realizan el trabajo de licenciatura, que en la actualidad parece destinado solamente a aquellos que van a realizar el doctorado. Con lo cual resulta que carecen de las ideas más rudimentarias acerca de cómo se debe de llevar a cabo la más modesta investigación científica. Estimo que el grado de licenciado con la llamada «tesina» debía de ser obligatorio para todos aquellos que aspiran a ocupar un puesto en un Instituto de Enseñanza Media, así como para las actuales Escuelas Universitarias ha de considerarse obligatorio el título de doctor. Ello, sin duda, recargaría al profesorado numerario de trabajo, pero hay que tener en cuenta que en todo Departamento existen —o debían existir— representantes de los tres cuerpos de profesores numerarios, que en calidad de tales debían hacer frente a las contingencias de la obligatoriedad de la tesina o trabajo de licenciatura.

Nos queda por contemplar un último problema: el gobierno de la Universidad. Tal como está en la actualidad resulta ingobernable en el sentido que desde un punto de vista universitario podemos dar a la palabra. Aunque se nombren los cargos académicos por procedimientos más o menos democráticos, si a una determinada minoría —tanto de ideología ultraconservadora como revolucionaria— le interesa paralizar la vida académica en determinadas Facultades o en todas, es asunto que se consigue con relativa facilidad. Basta la realización de un hecho —universitario o extrauniversitario— que la minoría considere como inaceptable para sus fines, para que se inicien los primeros desórdenes, que acaban por lo general, con un enfrentamiento con las autoridades académicas, después con la fuerza pública, etc.,

lo que contribuye a agravar el problema, llegándose en el peor de los casos al cierre de los centros afectados. Se trata de una vieja táctica cuya finalidad es la de conseguir efectos de tipo político o social, ya que rara vez se plantean estos conflictos con un carácter netamente universitario. Como consecuencia de todo ello el alumno no recibe las horas de enseñanza señaladas en los planes de estudio, lo que determina un bajo rendimiento intelectual y una deficiente formación del mismo.

Todo esto es posible gracias a la existencia de una gran masa estudiantil amorfa y sin una verdadera conciencia universitaria. Se trata de la llamada «mayoría silenciosa», que más bien creo que habría que denominar «mayoría comodona», a la que parece que sólo le interesa vegetar universitariamente y apoya con su pasividad cualquier conflicto que tienda a disminuir los días de clase y a acortar los programas. Es éste uno de los más graves problemas creados por la masificación universitaria, y, como se sabe, de difícil solución, sobre todo si se tiene en cuenta que el empleo de la fuerza muchas veces agrava los conflictos.

Quizás si se consiguiese llegar a una mayor democratización de la vida universitaria, podrían solucionarse muchos de estos problemas. Claro que habría que integrar antes a esa «mayoría comodona» dentro de los verdaderos cauces universitarios. Un paso hacia la democratización en nuestra Universidad salmantina ha sido la nueva forma de elegir rector propuesta y aprobada por el Claustro. Tendríamos ahora que replantear, de acuerdo con los alumnos, el tipo de organización estudiantil, bien unitaria, bien pluralista, a través de la cual los distintos grupos de estudiantes pudiesen ejercitar su derecho de elegir libremente y sin coacciones partidistas a sus representantes, al tiempo que habría que estudiar la ampliación del número de alumnos en los distintos órganos que rigen las diversas actividades universitarias.

Para lograr esto hay que partir de un hecho real, de que el estudiante es el elemento transitorio en la Universidad, mientras que el profesor es el permanente. Con esto no quiero decir que todos los profesores han de permanecer hasta su jubilación en

una misma Universidad, sino que entiendo que constituyen la estructura que vertebra a la Universidad y le da continuidad, en tanto que el alumno apenas se vincula a la misma más que el tiempo preciso para obtener un título. Mientras el profesor ha hecho de la Universidad su profesión y medio de vida, el alumno utiliza los servicios universitarios para proyectarse en otra profesión ajena a la Universidad. Esa es la causa de que el profesor se sienta ligado con una mayor responsabilidad a los problemas que la vida universitaria nos plantea todos los días.

Todo ello nos conduce a pensar que a una mayor responsabilidad debe de corresponder una mayor representatividad, idea que ha de ser subrayada por la mayor permanencia del cuerpo docente. Tenemos pues que admitir que la representación estudiantil ha de estar centrada dentro de ciertos límites y que debe de extenderse a todos los niveles. Si fuese posible llegar a un entendimiento acerca de lo que tiene que ser esta representación en la universidad y el número idóneo de representantes para cada órgano de gobierno, creo que muchos de los problemas actuales, excepto el de la masificación, se solucionarían.

Mientras pronuncio estas palabras estamos viviendo un momento difícil para nuestro país. A pesar de un cierto aperturismo hacia la democracia, se observa una cierta escalada hacia las posiciones radicales y, posiblemente, hacia la violencia y cuando ésta se enseñorea de los pueblos los universitarios tenemos muy poco que hacer y menos que decir.

Con esto he llegado al final de mi disertación que insensiblemente nos ha conducido desde el más remoto pasado a nuestro acuciante y transicional presente. A pesar de mi tono censorio, creo que mis palabras están inscritas, amplia y plenamente, en lo que considero mis deberes docentes, es decir, en la posición crítica que todo profesor debe de adoptar ante los problemas universitarios de todo tipo. Sólo me resta daros las gracias por la atención que me habéis dispensado.

HE DICHO